



Por una autoformación espi- ritual-existencial radical

Doctor Alexandre Lhotellier

Por: Alexandre Lhotellier¹

“Yo llamo «constructores» a aquellos que revelan que un trabajo de organización se bosqueja en una sociedad destruida”.

(Elie Faure –Obras completas. Tomo I–).

“El combate espiritual es tan brutal como la batalla de los hombres.”

(Rimbaud –Una temporada en el infierno–)

Introducción

Entiendo por «espiritual» una actitud tónica en el cuestionamiento de sentido (en todos los sentidos), de lo sagrado de la vida y de la persona humana – una atención continua al misterio del nacimiento y de la muerte–, una apertura a lo maravilloso y a lo desconocido de la vida cósmica, –pero también una interrogación y un acompañamiento del sufrimiento ante el mal y la maldad en todas sus formas–.

Lo espiritual no es un discurso, sino una práctica de sí hacia un mejor ser, hacia una creación activa, hacia una renovación continua de sí. Sin esa puesta a prueba, todo discurso es vano.

¿Y si la crisis fuera espiritual?

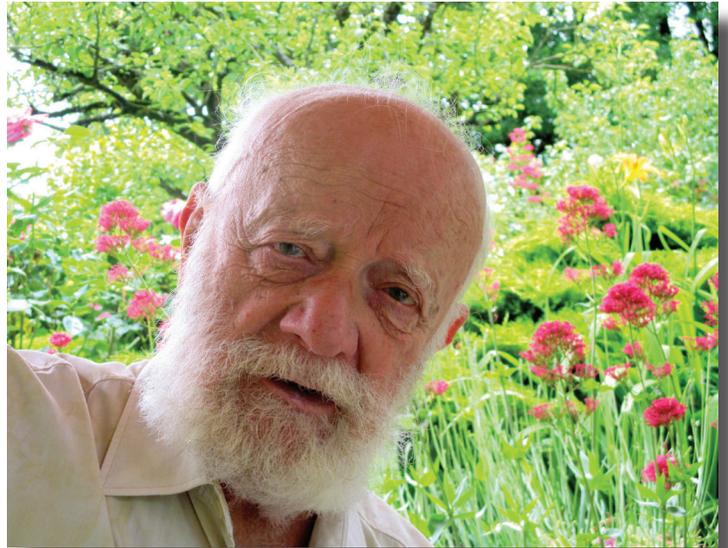
Se habla mucho de la crisis económica, política, mundial, etcétera. Pero, ¿y si la verdadera crisis fuera «espiritual», tanto o más que económica?

Considero que es la carencia de sentido fundador la que engendra todos los deseos de poder, los apetitos económicos, los delirios eróticos. Las personas, aplastadas por presiones económicas, piensan primero en sobrevivir lo cotidiano.

¹ Alexandre Lhotellier es un pionero en la perspectiva existencial en formación. Es psico-sociólogo, consultor y profesor de la Universidad de Nantes, Francia. Es el notable autor de «Tener consejo: deliberar para actuar» (Editorial Seli Arslan 2000).

Existimos en migajas yuxtapuestas en un gran bazar mediático que se renueva sin cesar. La pregunta sobre el sentido es frecuentemente descuidada u omitida, empero, al mismo tiempo, está detrás y en el fondo de todas nuestras preguntas.

Vivimos en silencio esta «extraña derrota» de sentido. El aprendizaje del devenir humano no se realiza más. La persona sobrevive en migajas y en eclipses.



Recupero este término de «extraña derrota» del historiador Eric Dardel, porque él nos describe así la derrota del año 1940 (ocupación e invasión alemana de Francia por los Nazis, muy traumática) en que todo se desmoronó en silencio, bruscamente, totalmente, con muy poca resistencia.

Lo que se olvida, es que crisis exige creación. «Crisis» significa también decisión. Es un momento decisivo frente al caos actual que exige una mutación urgente, una elección ética, una voluntad de despertar.

La espiritualidad no es un discurso sino una práctica de sí en diálogo continuo con el otro y con el mundo, lo diferente de sí, (no es un monólogo cerrado, autosatisfecho), es buscar el trasfondo de nuestro ser, la fuerza capaz de mover montañas.

Es precisamente para ese combate que tenemos que fundar aquello que da sentido a nuestras vidas. La espiritualidad no es un discurso de consolación que no cambia nada en el mundo actual.



¿Somos capaces de salir de la presión de las comunicaciones incesantes, del consumo en todos los géneros, de las manipulaciones ideológicas, en pocas palabras, somos capaces de desalienarnos para dar sentido a nuestros actos?

A veces el término “espiritual” es descuidado o rechazado. Algunos prefieren el de “moral”, el de “mental”, el de “fundamental”, la “ética”. A cada uno su vocabulario. Lo esencial es refundar el sentido humano de existir como principio necesario para una vida socioeconómica compartida. Responder a la negativa con un desafío.

La crisis de sentido de la vida no es una generalidad vaga, es la causa de cada uno de nosotros.

1. Dinámica de lo espiritual

“Vivimos muy poco por dentro, casi no vivimos allí”.

Lo espiritual, es un término tan propagado que no se sabe cómo abordarlo. Separarlo de lo religioso no es suficiente. Y tampoco lo es ya una espiritualidad “laica” que se diferencia o que se opone a la religión. Pero tampoco es una espiritualidad “oriental”, dependiente de prácticas mutiladas del contexto.

Se trata de acercarse a lo fundamental de una vida, no de un espíritu solamente, sino de una existencia más viva, es decir, fundar una experiencia primaria, fundamental e irreductible, que no rehúse ni la ciencia ni la religión.

Cada uno puede, solamente, demostrar su experiencia, intentar clarificarla. Sólo los actos firman el sentido, porque lo espiritual no sabría ser una búsqueda de consuelo o una ilusión afectiva.

La vida espiritual es siempre un cuestionamiento y una búsqueda permanente (nada es jamás adquirido), una obra abierta y no dogmática.

La vida espiritual no es ni una vida ideal ni una apuesta optimista sobre la existencia, sino una búsqueda de sentido afirmado en actos.

No es una diversión hecha trivial, sino un compromiso que terminará sólo con nuestra vida. Es una iniciación única.

“Cada ser humano debe en suma inventar su propio destino a partir del caos”.

(Powys – Autobiografía)

La vida espiritual es a la vez una apertura al misterio, una posición frente a lo trágico y la construcción de una presencia total y ordinaria, frente a la repetición de los días.

No tiene otro fuerte sentido que el de ser personal, sin ser obligatoria. Es la creación, por cada uno, tanto de su propia música como de su propia escucha, de su silencio también, sin querer imponer nada a otro.

La espiritualidad es una vía o forma de despertar y de mantenerse alerta ante la pregunta del sentido que damos a nuestra vida.

La preocupación (y el cuidado) de la radicalidad fundadora de lo espiritual es a la vez asombro, admiración, interrogación, sufrimiento, compromiso delante del misterio del mundo.

Hay una conexión íntima entre el fundamento y el comienzo. Sin fundar, el comenzar siempre estará retrasado, débil. Pero las palabras son demasiado trilladas, gastadas. No parecen indicar nada de lo necesario, de lo urgente. Y sin embargo, sin este fundamento, nada arranca. Concebir claramente el fundamento de nuestros actos, es dar firmeza a nuestra voluntad de sentido, es preocuparse, es cuidar, nuestro ser entero, con la sencillez de todo lo que es esencial, lo que puede ser también una definición de lo espiritual.

“Para vivir en un mundo hay que fundarlo”.

(Eliade –Lo Sagrado y lo Profano–)

La debilidad de lo espiritual en nosotros, está en que no es fundamento, sino discurso a menudo demasiado simple y edulcorante, pseudo-tranquilizador. No se funda en aquello a partir de lo que hay acción. De allí que se vacile según las presiones, los modos, y la ausencia de cohesión, de fuerza.

¿Qué es un fundamento?

Pero, ¿qué es un fundamento? Esta pregunta está en el centro de nuestras vacilaciones, fluctuaciones, dudas cambios, debilidades. El fundamento se refiere a una ‘centración’ (centrarse), a una resolución, allí donde son tomadas todas las decisiones.

No es un turismo donde uno se contentaría con visitar, e informarse o conocer por curiosidad. Es tomar en cuenta lo que es esencial para cada uno.

Hay vacilación en nuestras acciones porque no hay un fundamento, meditado, revisado. Esta actitud debe tener la sencillez de todo lo que es esencial.

La vida espiritual es la construcción de la presencia total de sí, del otro, en nuestros actos. Y es una alegría compartida.

La vida espiritual es tanto más débil cuanto más la convertimos en puro discurso. Péguy ya escribía: “El método revolucionario consiste en cambiar de vida”. Afirmación recuperada por P. Sloterdijk en su grueso libro «Cambiar la vida».

Hay revolución cuando nada puede ser ya como antes. La ruptura está, pues, en la novedad. Lo espiritual no es rosa oroso o dulce. Se trata de devenir nuevo, de apoyarse en sí mismo. La audacia entonces es la esperanza realizada en la acción. “Lo fácil y la pendiente, son desesperantes”. (Péguy, Pórtico de la segunda virtud).

2. Por un proceso unificador

“Necesitamos algo que nos ayude a pensar por nosotros mismos: un método”.

(E. Morin)

“Es la cualidad que hace centrar”.

(Ramuz, Dos cartas)

Si el proceso espiritual ha sido edulcorado, abandonado o rechazado por una sociedad hedonista, prometeica, tenemos que devolverle vigor. No se trata de idealizar una vida caótica, sino de construir una práctica de sí frente al caos.

Debido a que nuestra vida nunca está plenamente unificada, es que necesitamos un proceso continuo y no un turismo espiritual. Un proceso para unificar nuestra vida, tonificarla. “No hay plenitud –escribe Ramuz– allí donde no hay unidad”.

Un proceso, es la construcción continua del sentido de nuestra existencia. Somos débiles porque no construimos un proceso personal. Nos contentamos con existir en migajas yuxtapuestas, un poco de esto, un poco de aquello. Pero, el proceso no puede ser atomizado. Cada momento se encuentra integrado en el conjunto y tiene su sentido en referencia al conjunto. Un proceso es la búsqueda abierta de lo fundamental de nuestra existencia.

El proceso es una construcción permanente. El diálogo es la esencia misma del proceso en curso. El diálogo significa partir del otro (reconocimiento), mantener lo que hay entre (la diferencia), abrir el sí (la presencia). Asimismo, el proceso no debería ser egocéntrico, ni dogmático.

Si es un proceso y no una intención vaga puede definirse por tres ejes:

- Una visión global de la sociedad y de las personas, por tanto una visión de valores.
- Una escucha continua de procesos en curso (escucha de la situación).

- Un ritmo continuo de actos coherentes con la visión global y los procesos en curso.



Cada uno puede ver el trabajo permanente que resulta de eso.

Un proceso es continuo, creativo, innovador, no es solamente una repetición, reconociendo que dicho proceso no puede sino basarse en lo cotidiano ordinario. La calidad de la movilización espiritual define el resultado del proceso (cf Gandhi, S. Weil, etc). Debido a que nuestra vida rara vez está plenamente unificada, necesitamos fundar nuestro proceso.

Por otra parte, un proceso, no tiene un orden terminante al que hay que poner en un molde o modelo. Es la organización clara de la vida elegida.

Pero esto nunca se aprende de una vez y para siempre. Hay tanto a tener en cuenta: tiempos múltiples, culturas, sociedades, instituciones y personas, tiempos múltiples en evolución sin cesar, debemos tener todo ello en cuenta y no sólo el tiempo o el ritmo personal.

Un proceso, es pues la puesta en forma de nuestros actos según un cierto estilo, un trabajo que nace del estudio de los procesos en curso.

Esta escucha va a crear el ritmo necesario para el conjunto de las operaciones del método, para el uso repetido de las herramientas, procedimientos, etcétera. El proceso es constituyente, instituyente y no instituido, ni encerrado en herramientas prefabricadas.

Un proceso (existencial) se manifiesta a través de tres principios:

- la sencillez de ideas,
- la pobreza de medios,
- la proximidad de personas (diálogo).

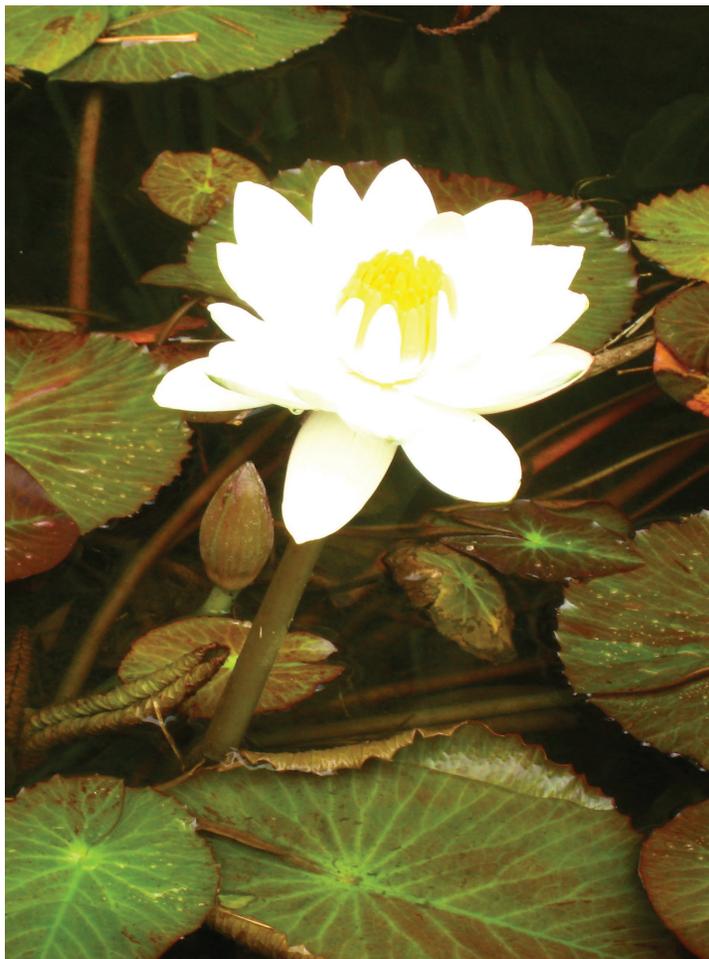
Lo que procuro precisar para un proceso, es la vía de lo extremo ordinario: cómo estar a la altura de lo cotidiano para evitar la trivialización de los actos.

El lenguaje utilizado no puede ser abstracto, o vuelto jerga. Se trata, al contrario, de que cada uno pueda apropiarse su propia lengua.

El proceso espiritual, es unificar nuestra vida con arreglo a nuestros valores.

Se trata de crear un estado de víspera permanente, de creatividad existencial.

El proceso, es también un camino, una orientación; el sentido y el tiempo de la marcha.



Sólo un proceso continuo da forma y fuerza a nuestras conductas para crear un estilo de existencia. Nos acordamos de las palabras: *“El fin de la práctica es guardar siempre nuestro espíritu de principiante”*. Un proceso no es un manual de instrucciones pre-hechas. Es la exigencia de una presencia siempre renovada, una vía que hay que abrir permanentemente. Tampoco es una imposición dogmática.

Es también una profundización permanente de las dimensiones de la humanización de cada uno.

El proceso se refiere a un estado de plenitud, de cumplimiento interior, al mismo tiempo que de una búsqueda permanente.

De no cuidar este proceso unificante, hay riesgo de un trabajo en migajas, ineficaz.

El paso o proceso espiritual es:

1. Una vía unitaria, centrada.
2. Una vía dialógica.
3. Una vía creativa.

La forma de un proceso, es la manera en la que la persona se esfuerza por alcanzar la unidad de sus actos.

3..El entrenamiento permanente

“La reforma de vida es el zócalo sobre el cual deberían converger todas las demás reformas y la que debería al mismo tiempo irrigarlas todas”.

(E. Morin, La Vía)

“Dennos ahora nuestra hambre cotidiana”.

(G. Bachelard)

“Construí mi carrera con diez minutos de reflexión y diez horas de ejercicios al día”.

(Béjart)

En este apartado abordamos:

- A. El ejercicio continuo de sí.
- B. Lo cotidiano ordinario como ejercicio.
- C. La autoformación espiritual como obra abierta.

Inteligencia de compartir.

Vivir en amistad.

Para no dejar lugar a las ilusiones de sí mismo, parece necesario conscientizar la experiencia personal a tres niveles de entrenamiento continuo:

1. Autoformación fundamental
Ética – Política – Económica
2. Autoformación existencial
Corporal – Racional – Imaginaria

3. Autoformación cotidiana ordinaria
Dialógica temporal – situacional – análisis del ritmo

Los puntos 2 y 3 fueron trabajados, por ejemplo, en el Instituto de Formación Permanente de Formadores y Psico-sociólogos (IFEPP) de Francia. Parece empero indispensable añadir a eso el punto 1. (cf. C. Arnsperger, *Ética de la Existencia Post-Capitalista*).

a) El ejercicio continuo de sí.

El ejercicio continuo de sí no tiene nada que ver con la eficacia funcional en sociedad o la capacidad de actuación o de resultados supra normales. El fin del ejercicio no es aumentar el poder, sino el despertar a la pregunta del sentido y a la transformación de cada uno a través de este trabajo.

Referirse a lo que Schön llama el «*artistry*», es decir la competencia de manifestar una presencia activa en las situaciones únicas, inciertas y conflictivas.

Con arreglo a este imperativo: constituirse continuamente como sujeto, es que hace falta comprender la necesidad de los ejercicios.

“Todo ejercicio espiritual es dialógico, en la medida en que es un ejercicio de presencia auténtica en sí y en los otros”.

(Hadot –Ejercicios Espirituales y Filosofía Antigua–)

Se trata de renovar la espiritualidad redescubriendo el ejercicio espiritual. En efecto, lo espiritual no es un discurso, sino un trabajo sobre sí.

“Vivir en plena conciencia, en plena lucidez, dar toda la intensidad a cada uno de sus instantes y un sentido a su vida toda, entera”, escribe Hadot al fin de su ‘Marco Aurelio’.

La tradición de los ejercicios espirituales (cf. Hadot, Foucault Sloterdijk, etc...) tiene una larga historia.

*“La vida de la auto-transformación constituye la única manera de desconectar nuestra condición humana de los mecanismos que el sistema mismo utiliza para perpetuarse”
(Ética de la existencia post capitalista).*

b) Lo cotidiano ordinario como ejercicio

Recordamos el texto de Péguy donde él subraya que es tan bello pelar patatas como edificar catedrales. No se trata de oponer una acción a otra sino de no descuidar ninguna.

Y si lo cotidiano está lleno de actos automatizados, es necesario utilizarlos para crear un nuevo contacto con nuestra propia profundidad, la repetición como creación.



c) La auto-formación como obra abierta

Una espiritualidad vivida no sabría ser dogmática ni acabada. Es una obra en marcha, no un consumo de todo lo hecho, sino una creación personal y una construcción en común para hacer frente a las urgencias e inventar nuevas presencias.

Esto requiere de la inteligencia del compartir, del desarrollo de una nueva cultura de redes, de servicios.

El diálogo como urgencia. Vivir en amistad, en compañía.

Conclusión

No podemos aplazar la puesta en marcha de una vida “espiritual”. No es más tarde que será necesaria, sino que lo es ahora. Una orientación del actuar funda la invención del futuro. Es una llamada que moviliza todos los recursos.

Lo trágico de la existencia no se realiza en el éter de las abstracciones.

¡DE PIE LOS VIVIENTES ! Metamorfosis última

¿Si?

Sí,

*A la inmensidad silenciosa,
Apertura a la presencia,
Sentimiento oceánico,
Ninguna fe ni éxtasis,
Alegría extraña de un despego,
Nacimiento a la inmanencia
Sobre todas sus mutaciones,
Pura apertura a la vida
Bajo todas sus formas.
Más humanidad en nosotros.*